



EL BESTIARIO

Las Caballerizas

SANTIAGO JUANES

Un golpe de cadera de **Rajoy** nos ha devuelto a la realidad al asegurar que salimos de la recesión pero no de la crisis, de lo que cabe entender que son bienaventurados los que estaban en recesión porque ellos ya disfrutan de los brotes verdes, mientras que los empanzados aún en la crisis habrán de esperar un tiempo. La cosa requeriría de más luz si no fuese porque se nos está poniendo a precio de ibérico, ese que **Ferrán Adriá** pretende que esté en todos los restaurantes del mundo, y al que quizás puedan acceder los funcionarios esta navidad con el regreso de su paga extraordinaria. Una excelente noticia para ellos y también para el comercio y los bares, en los que el año pasado se notó la ausencia de la extra. Suponemos que al conocerse el dato, nuestros funcionarios se echarían a las calles y a las barras a celebrarlo, como cuando se abolió la Ley Seca. Si ocurrió en las Caballerizas de la Facultad de Letras (no me acostumbro a lo de Filología) no fuimos testigos de la celebración. Era mediodía, nuestro **Ramón Grande del Brío** se alimentaba de vino, embutido y tertulia; los recién llegados a la Facultad se ponían al día de los precios y productos de la casa, y algunos daban cuenta de los célebres platos combinados del local. En medio de todo ello, como capitán del barco, **Antonio Arias García** con su medio siglo rebasado y un pasado como niño trabajador. Porque Antonio se estrenó en estas Caballerizas como niño de los recados y doce años recién cumplidos, un mocoso, diríamos hoy, que apenas acaba de comenzar a andar. Doce años. Y no era el único: le acompañaban **Feliciano y José María**, así que los bofetones se repartían entre tres, que siempre es más llevadero. Y unos cuántos se llevaron de aquellos sus "jefes": **Rubén, Manolín, Eduardo y Paco**. La letra con sangre entra o aprender a golpes, como nuestro Lázaro. Decíamos el otro día que así como en Santiago un coscorrón nos abre la cabeza al conocimiento, otro en el toro del Puente Romano quizás ejerza el mismo efecto que nuestro paisano lazillo. Otro recurso turístico: dese un coscorrón en el toro, como Lázaro... Pero volvamos a Antonio, entrando en las Caballerizas en julio de 1975, con aquellas extranjeras poderosas y rubias que ve-

nían a aprender español. Las Caballerizas se habían abierto cinco años antes, más o menos, bajo la regencia de **Bartolomé Benito, Bartolo**, de **Poldo**, más tarde, y después de **Manolín y Santiago**. Quién le iba a decir a Antonio que años más tarde, en 1991, cuando salió a concurso, se quedaría con su gestión. Curiosamente, entonces, se pujó por otros bares universitarios pero no por las Caballerizas.

Quien no ha pasado por ellas no sabe del espíritu universitario. Un café en

Un café en ellas te bautiza como escolar del Estudio y si además discutes de lo que sea, te convierte en doctor

ellas te bautiza como escolar del Estudio y si además discutes de lo que sea, te convierte en doctor. Lugar venerable, por el que han pasado profesores y escritores laureados, pero también artistas con función en el *Juan del Enzina*. Se asegura, incluso, de que **Joaquín Sabina** honró sus vasos de whisky. Y su amiga **Chabela Vargas**. Hay un panel de fotografías familiares y otro de recuerdos periodísticos de algunas gentes vinculadas a la casa, entre las que estamos y bien honrados nos sentimos. De alguna forma, nuestra presencia en ese panel es una compensación por los años en los que jamás figuramos en el cuadro de honor del colegio, no por falta de méritos, sino por pura incomprendición.

Las Caballerizas, atendidas por Antonio y su **Chus**, su mujer, o **Ramón** y el resto de gentes, nos trasladan a aquellos tiempos universitarios que siempre echaremos de menos, y nos alejan por un rato de la realidad, de la recesión y la crisis. Antes era subiendo por el humo de un cigarro, y ahora por el de un café caliente.



Antonio García entró de niño de los recados en las Caballerizas en 1975 y hoy es su patrón